

mente á mi alrededor, y vi en el sendero un animal, que la sombra de los matorrales me privaba de distinguir y reconocer.

Pero no tardé en convencerme de que era víctima de una decepción: era una hiena, que se echó sobre la pobre cabra. Lancé un estridente silbido, y logré que la hiena se alejase; pero, tras breves instantes, reapareció, y entonces disparé. La noche era oscura como boca de lobo; y al día siguiente hallé sólo algunos rastros de sangre dejados por la hiena, y el cadáver destrozado de la cabra.

En 1876 salí de New-York con dirección al Africa, anheloso de visitar sus costas y el interior.

Las exploraciones geográficas y geológicas tienen para mí singular encanto. Las ciudades del viejo y nuevo mundo transformadas por la civilización tienen un sello de monotonía que las despoja de todo embeleso.

El *touriste* sólo encuentra algún interés en la visita de añejos monumentos arqueológicos, ó de ciudades y villas que aun conservan el polvo de los siglos, como Granada, Toledo, Venecia y Roma. En cambio, visitar las características comarcas africanas, que conservan su fauna y su flora, y el tinte característico de una civilización en sus albores, equivale á leer las primeras páginas del libro de la naturaleza.

Con el fusil en la mano, y puestos el corazón y la mente en Dios, desembarqué, una riente mañana de abril, en las costas argelinas. Mi sueño dorado era cazar el león y la pantera.

En el capítulo dedicado al león del desierto, he estampado ya algunos juicios y emociones que me inspiró la caza del felino. En estas páginas voy á trazar rápidamente el juicio que me merece la caza de la pantera.

Opino, como Bombonnel, que la caza de la gran pantera de Africa ofrece serios peligros. Difícil es tener el ojo y el pulso tan certeros que un animal que tiene la vida y el pellejo duro como la pantera quede muerto en el acto; y, en cambio, herida, se trueca en furiosa y terrible.

La pantera tiene instintos feroces y sanguinarios, y goza ante la destrucción y la muerte. Por punto general no ataca al hombre, salvo cuando está herida; pero se encuentran casos en que aquella fiera ha atacado sin preceder provocación. Un jinete árabe, que tenía á su cargo el servicio de correos de Cherchell á Túnez, pasó en pleno día por una espesura donde se hallaba emboscada una pantera. La fiera se lanzó sobre el árabe, que, lleno de pavor, cayó al suelo, y fué destro-

zado y muerto. Este hecho, que se refiere aún en Túnez, data del año 1854.

La pantera africana no es la sola peligrosa y terrible, pues recuerdo que, en 1852, el hijo más joven del entonces Emperador de la China pereció, en una partida de caza, víctima de una pantera.

Un sabio y viajero, cuyos escritos gozan de celebridad europea, Jaime Aragó, habla de esta suerte de la pantera que vaga por las Indias:

«¿Es un tigre ó un león que devora el espacio? ¿Es acaso una llama que luce rápida y fugaz como el pensamiento? No; es una pantera en busca de su presa; es el más ágil y ligero de los cuadrúpedos que persigue el cazador, y que en breve tiempo deja inmenso espacio entre él y su perseguidor. Que vuestra bala sea certera y pronta si quiere alcanzar á la pantera, pues nada más difícil que alojar bien una bala en cuerpo movidizo, que salta, se encoge, se repliega y hace extraños movimientos.

La caza de la pantera semeja mucho á la del león y del tigre. Las mismas precauciones, los mismos artificios y emboscadas; casi idénticos peligros en las luchas.

Lo mismo que el tigre, la pantera no se sacia jamás de sangre y carnicería. Un enemigo muerto despierta su apetito, el olor de la sangre caliente le enardece, la vista de los cadáveres le vuelve más feroz. Hase observado, más de una vez, que la pantera, después de haber destrozado el cráneo de un cazador, se lanza de nuevo sobre el cadáver, abre su pecho, y le saca con sus garras las entrañas.

La pantera es de una raza viva y vigorosa, y no sucumbe inmediatamente cuando una bala le ha atravesado el corazón. Otros cazadores afirman que puede resistir y defenderse aún después de haber recibido cinco balazos. El tiro más certero es en el cráneo. Una de las panteras que maté en Argel quedó muerta y como herida por el rayo; pero tuve la suerte de alojar una bala explosiva en el cerebro del felino.

La ferocidad de la pantera es tal, que un célebre domador de fieras, Herbert, me contaba, un día, que dejaba penetrar á su hijo, mancebo de quince años, en todas las jaulas de los leones, pero jamás en la que encerraba una pantera.»

Julio Gerard ha hecho un retrato ridículo y falso de la pantera. Para aquel cazador, la pantera es un animal insignificante, cobarde, y le coloca casi al mismo nivel que al chacal y la hiena; que huye siempre, y que se contenta, para saciar su voracidad, con una liebre ó una perdiz. Así escriben muchas veces reputados viajeros.



Una cacería de Mr. Bombonnel

Documentos por desgracia auténticos prueban la ferocidad de la pantera. En el mes de octubre de 1863, los diarios de Constantina hacían la descripción de una cacería en que una pantera había matado á dos hombres. El cadáver de la pantera se vendió en Constantino.

*El Monitor de Argel*, en 3 de febrero de 1867, publicó también la siguiente narración:

«El 28 de diciembre último, un árabe, apellidado Mohammed-ben-Bakri, que tenía levantada su tienda en los terrenos rocosos de Bechilga, había abandonado el lecho muy de mañana, y salido al campo, cuando de repente se halló frente á frente de un animal acurrucado junto á una roca.

En la penumbra y semioscuridad, pues apenas alboraba, el árabe, en el primer momento, creyó que era una hiena; y tranquilo se disponía á tomar el fusil que llevaba á la bandolera, para enviarle una bala, cuando, antes que hubiera realizado su propósito, el animal se lanzó furioso sobre el indígena, y le estrechó entre sus garras.

Era una enorme pantera.

Mohammed-ben-Bakri no perdió su sangre fría. Dotado de una fuerza poco común, cogió al felino por la garganta, y logró que le soltara. El árabe dió grandes gritos pidiendo socorro.

Algunos pastores que se hallaban en los alrededores acudieron presurosos; pero la pantera se había lanzado de nuevo sobre su presa, y derribándole le arrastraba por el polvo y desgarraba con sus dientes.

Uno de los pastores, llamado Zeidi, llevaba una pistola; y se acercó intrépidamente al grupo, disparando á la pantera un tiro á boca de jarro.

La fiera dejó á su primera presa, y se lanzó sobre Zeidi, que cayó al suelo. La pantera abrió su inmensa gola, y en ella desapareció la cabeza del pobre pastor.

Otro árabe, Noui-ben-Ahmed, armado de su fusil, hizo fuego, á su vez, sobre la pantera, que dejó á Zeidi y se dirigió sobre su nuevo adversario, derribándole también al suelo.

Suena, en aquel instante, un tiro disparado por un pastor llamado Bou Akkar. Iba á lanzarse la fiera sobre el árabe, cuando Noui clavó su cuchillo en el corazón de la pantera.

Mohammed-ben-Bakri, Zeidi, Noui-ben-Ahmed, fueron trasportados, heridos, á sus tiendas.

Zeidi murió al día siguiente. Los otros dos heridos, bien que graves, hay esperanza de salvarlos.»

Garnier publicó, el año 1860, en el *Journal des Chasseurs*, un magnífico artículo, lleno de observaciones

exactas y precisas, resultado de informaciones, entre los kábilas, acerca de la pantera; y afirma que la adulta es sanguinaria, cruel y peligrosa. Los árabes temen más los destrozos de la pantera que los del león, que sólo caza para saciar su voracidad.

Los mejores cazadores de panteras, como, por ejemplo, Bombonnel, no se dirigen nunca al encuentro de la fiera.

Escogen un sitio apropiado para el acecho en los lugares por donde vagan las panteras. El acecho favorito de Bombonnel es el fondo de un barranco, poniendo arriba, en el borde, una cabra ó cabrito á guisa de cebo: «De esta suerte,—dice aquel célebre cazador,—se destaca el felino y ofrece segura puntería.»

La pantera ronda de noche, pues durante el día permanece casi siempre escondida, pues apenas ve.

La mirada fija y penetrante del hombre, que impone al león, llena de rabia y enfurece á la pantera.

La pantera es un adversario ruin, malo y traidor.

Bombonnel es un cazador de panteras tan diestro, que, de diez, hizo rodar muertas por el suelo ocho. Pero esto es difícil, porque ya hemos indicado que la pantera es un felino de piel y vida duras.

Es necesario, pues, que el cazador apunte á la cabeza. Si habéis herido á una pantera joven, procurará huir; pero, si es adulta, entonces permanecerá inmóvil, esperando el momento propicio para lanzarse sobre su enemigo; y si el más leve rumor revela su presencia, da un terrible salto, y, por poca fuerza que quede á la pantera herida, destroza y mata al cazador.

El lector fatigado de los idilios de nuestros campos, en que muchas veces, tras grandes fatigas, ha podido disparar sólo sobre alguna mísera alondra ó escuálido conejo, que quiera saborear la caza, llena de emociones y peligros, de la pantera, debe enderezar sus pasos á Argel.

El clima no es malsano y mortífero, como algunos quizás imaginarían. Bombonnel asegura que pasó más de setecientas noches á la intemperie, sufriendo sed y hambre, calor, lluvia y rocío.

«Sentado, durante noches enteras, sobre desnuda tierra, y en la más completa inmovilidad,—dice Bombonnel,—he respirado los miasmas de terrenos pantanosos y de las brumas de la llanura. He experimentado grandes privaciones y soportado inmensas fatigas; y, sin embargo, no he sufrido jamás el menor exceso de calentura, ni la menor indisposición; y ¡cosa rara! ni siquiera he sentido el reuma que me atormenta en Francia.»

Á despecho de semejante brillante certificado de



Sorpresa de una pantera